

# El drama de San Pelagio

Poema de la monja sajona Roswitha, traducido del latín en que fué escrito en el siglo X

Allá por el año 94 estudiaba yo latín y filosofía en el Seminario Conciliar de San Pelagio, donde era director espiritual D. Esteban Torres Antiñolo, suplente de los catedráticos de todas las asignaturas y amable en la dirección de las conciencias, que fué un seminarista aprovechado por los años 76 al 81 en que era Rector de la Casa D. Francisco de Asis Aguilar, traído de Vich por el sabio Prelado Fray Zeferino González.

Este Rector que fué luego durante 18 años santo, sabio y caritativo Obispo de Segorbe, a quien los seminaristas llamaron Ubique, fué autor de una Biblioteca Popular Catalana sobre la Purísima y de una Historia Eclesiástica, que hoy sirve de consulta.

Para una velada de la casa escribió un drama titulado San Pelagio, inspirado en Raquel, sacerdote contemporáneo del joven martir.

Escogió para protagonista a un seminarista extradiocesano: Esteban Torres, que supo encarnarlo a la perfección.

Andando el tiempo, cuando ocupaba un puesto distinguido en el Seminario, recordó aquél drama, se propuso exhumarlo y no sé por qué me eligió para protagonista. Distaba yo de D. Esteban

*Tamquam lenta soleat inter viburna cupressi.*

Por aquél drama, varias veces representado por mí, busqué en varias ocasiones biografías de San Pelagio. Cuando regresé de América el año 99, busqué y encontré en la magnífica Biblioteca Episcopal el poema de la monja sajona Roswitha, que copie y traduje y en un modesto cuaderno, forrado de hule, guardaba yo. Es la siguiente:

## INTRODUCCIÓN

Mártir Pelagio, de la fe testigo,  
del Rey que reina siempre fiel soldado,  
al coger hoy la pluma ven conmigo  
y así podré loarte al ser cantado,  
Tu martirio de Dios hizote amigo

y al dejar este mundo, maltratado  
en suplicio cruel, fuiste a la gloria  
y tu nombre es un nombre de la Historia.

Yo he querido adorarte y de mi lira  
sacar las dulces notas de un poema,  
que en el amor de Dios solo se inspira  
y tiene la virtud por santo emblema.  
Haz que mi pobre pecho, que suspira  
por poder explanar ese gran tema,  
al sentir de los cielos el rocío  
fortifique mi alma con su brío,  
Soy la monja Roswitha, que su fama  
puso en tu nombre, y ensalzar quisiera  
los nobles hechos de tu vida entera  
forjando excelso y sangriento drama.

#### CAPITULO I

Érase en lo augusta, ciudad nueva  
con el soberbio orgullo de un guerrero,  
colonos españoles elevaron  
su cultura y el orbe saludola  
al verla con el nimbo de la fama,  
Preclara por sus triunfos y repleta  
de grandes sabios, de la ciencia adorno,  
espléndida en sus cosas y otro día  
seguidora del Cristo, de Aquel Justo  
que murió por lavarnos del pecado.  
En fin, Córdoba bella, la sultana  
del nuevo califato de Occidente.  
Cambióse por la fuerza de la guerra  
de la fe los derechos sacratísimos,  
ella esparciendo el error de falsos dogmas,  
que a los fieles dañaron por desgracia.  
La indómita morisma, sin fe alguna,  
hirió a sus habitantes con los males  
que la guerra cruel lleva consigo.  
La paz del reino se varió de pronto,  
dejó de ser el Rey que bautizado  
con razón empuñaba el regio cetro

y con los frenos de justicia ataba a los hombres, que indómitos vivían. Horrible mortandad dejó vencido al pueblo, que las armas del contrario superaban en mucho a las de Córdoba. El jefe de estos bárbaros del Africa, que esta batalla dirigió, era un hombre demasiado perverso, que en costumbres igual que en religión, era un malvado. El se erige en cabeza de este imperio y coloca en los grandes arrabales compañeros nefandos y así llena la ciudad con no pocos enemigos. Manchó la Iglesia, que su fe guardaba, con un bárbaro rito y joh deshonra! mezcló con los más justos habitantes a los paganos, porque así el recuerdo olvidasen de Patria y de doctrina y a la vez profanar el templo santo. Una gran multitud de gente joven rechazó aquel mandato del perverso, que quería prohibir, que se rigiesen por el pastor, que a Cristo representa, y con la fuerza que su fe les brinda dijeron noblemente: es nuestro gusto sucumbir y sellar con nuestra sangre la fe de nuestros justos ascendientes, no vivir como necios trabajando en pro de religiones modernistas. Pero el Rey enterado juzgó presto, que así no habían de obrar sin daño suyo, si todos los más ricos cordobeses juzgasen el asunto de igual modo. Empezó sin cuartel terrible lucha ejecutando el último suplicio con crueldad en los pobres ciudadanos. Al punto decretó que el que quisiera servir al Rey eterno y los mandatos observar de sus padres religiosos podía hacerlo sin pena alguna.

Pero en cambio ninguno de este pueblo  
había de blasfemar de aquellos dioses  
que, de oro fabricados, adoraban  
los magnates, los príncipes y reyes.  
Así sujetos al feroz castigo  
de sufrir la sentencia más terrible,  
descansó en una paz engañadora  
el pueblo amenazado de mil males.  
El fuego del amor a Jesucristo  
en muchos se encendió con el deseo  
de quitar de su pueblo aquellos dioses  
a que el Rey con su regia vestimenta  
veneraba, ofreciendo rico incienso.  
Muchas almas así fueron lavadas  
con su sangre, muriendo lentamente.  
Por estos hechos Córdoba sujeta  
un largo siglo a príncipes paganos,  
atrás retrocedió hasta que un día  
el reino recibióle por herencia  
Abderramán, peor que sus abuelos,  
lujurioso y soberbio que pensaba  
obrar con los cristianos, cual sus padres.  
Sostuvo los decretos ya citados  
y no tuvo piedad, cuando lo injusto  
debióse derogar en un momento,  
pérfido criminal no lo hizo nunca.  
Conservaba un rencor dentro del alma  
a todo lo que fuese ley de Cristo  
y la tierra con sangre de los fieles  
regó más de una vez. Cuando ardían  
en la hoguera, estos héroes entonaban  
alabanzas dulcísimas al Verbo,  
rechazando su lengua falsos dioses.  
Abderramán sacrílego en Palacio,  
lleno del fausto que rodea la corte,  
se jacta que ha de ser el Rey de Reyes  
y, acumulando penas y más penas,  
sujetará las gentes a su imperio,  
pues siendo tal fiereza conocida  
ningún pueblo opondríase a sus tropas.

En medio del festín en que eso dijo,  
oyó que había en lugares muy remotos,  
en Galicia, soberbia por valiente,  
un pueblo que los dioses despreciaba  
por seguir las doctrinas del Dios-Hombre,  
y habiendo despreciado sus derechos,  
negóse a someter su independencia  
al yugo de perversos principados.  
La ira del demonio ardía en el pecho  
de Abderramán e inveterada bilis.  
llevóle a sus entrañas, que el desdoro  
con ímpetu rabioso revolvía,  
pensando en enemigos tan valientes.  
Quiso hablar engañando a aquellos próceres,  
y al barbotar palabras cual ladridos;  
con furibundo rostro así les dice:  
No se me oculta que los reyes todos  
tienen que sujetarse a nuestro mando,  
por límite el Océano tendremos  
y todos por mi ley han de regirse.  
Pero ignoro qué necia confianza  
sostiene a los cristianos de manera  
que rechacen tratados con nosotros,  
cuando solo piedad les dispensamos.  
Nuestras huestes armadas a Galicia  
debemos conducir y al ser vencidos  
recibirán las penas que merecen  
Habló con la jactancia y el embuste  
recordando, mandó que las legiones  
más listas en maniobras militares  
marchasen a destruir a los gallegos,  
ocultando su rostro rico casco  
y los miembros lascivos férrea cota.  
La suerte dió el triunfo a la morisma  
haciendo prisioneros doce condes,  
con su jefe, que llenos de cadenas  
los trajeron a Córdoba los moros.  
De este modo vencidos los cristianos  
del rey moro sufrieron yugo inicuo.

## CAPITULO II

Pelagio, prisionero de los bárbaros, rechaza con firmeza las caricias innobles del Rey.

Volviendo a las usanzas del guerrero cargaron con cadenas a los condes y un Obispo seguía su triste suerte, igual que tales nobles prisionero. Al precio de riquezas abundantes tuvieron libertad. Mas quiso el Rey que el Obispo pagase duplicado y a tanto no alcanzaba su riqueza. El Rey, sabiendo que faltaba oro, dijo: No he de soltar a vuestro jefe si entero no se paga su rescate. Pero más deseaba que el dinero el dar muerte al Obispo de Galicia. Un joven de nobleza harto preclara, de cuerpo bien formado y en su rostro ostentando de su alma la belleza, iba con ellos y Pelagio llámase. De bondad inagotable, muy prudente, estaba en esa edad en que pasamos los días en rosadas ilusiones. Afligido al pensar que trataría al Obispo el Rey moro con dureza, con voz, cual la caricia de una madre, de este modo le habló: Querido tío, yo te ruego que escuches mis palabras y que atiendas mis súplicas fervientes. Yo sé que esa tu vida está agotada, que careces de fuerzas y a tus años el trabajo más leve es imposible y habías de sucumbir, cuando yo tengo músculos con vigor y así te pido, con mis ruegos más blandos, que me dejes hasta poder pagar todo el rescate, no sea que tu vejez aquí termine. Con voz severa contestó el anciano:

Deja ya así de hablar. querido hijo,  
no causes más tormento a mis canas.  
Acaso esta mi vida no depende  
de tu salud, porque vivir no puedo  
teniéndote alejado de mi vista.  
Tú eres mi honra, tus queridos padres  
y ese pueblo que Dios me ha confiado  
te miran cual su única esperanza,  
y mejor he de estar yo en las prisiones  
que servir tu persona de rehenes.  
Pelagio, con palabras cariciosas  
y copia de razones abundantes,  
logró que se marchase persuadido,  
quedándose por él con gusto preso.  
El Rey entonces le llevó a su lado,  
alegre y vencedor miró su patria,  
aunque nadie creyó que a reales méritos  
se debiera obtener tan gran victoria,  
sino más a juicio del Dios justo  
que de este modo castigó a los fieles  
por ver si al fin lloraban sus pecados.  
O quizás que Pelagio pediría  
morir por Cristo y derramar su sangre  
para alcanzar la bienaventuranza.

---

Después que el Rey a la ciudad de Córdoba  
llegó con el botín de los vencidos,  
al amigo de Cristo sumergióle  
en oscuras tinieblas de una cárcel,  
alimentado con frugal vianda.  
Aun tiene la ciudad el subterráneo (1)  
olvidado de luz, cual noche oscura  
y causa no pequeña de dolores.  
Allí Pelagio de la paz alumno  
bajo el imperio de nefando rey  
pasa contento en oración los días.  
Allí le visitó la vil canalla,

---

(1) Puteus, el pozo donde encerraban a los mártires, los romanos.

que usando de caricias solo quiere ganarlo por piedad o por la fuerza. Al ver el rostro hermoso del cautivo y escuchar las palabras de su boca que panales de abejas parecían, desearon que aquél tan lindo jóven quedase sin cadenas y el deseo al momento a su rey manifestaron. No era un secreto para nadie que este, corrompido con vicios de Sodoma, amaba con ardor a ciertos jóvenes, de bello rostro, a los que unir quería, con estrecha amistad, a su realeza. La causa de Pelagio defendieron con alma compasiva al Rey hablando: No es propio de tu cetro ¡Oh Rey fortísimo!, que mandes castigar tan duramente a ese niño, que tienes en prisiones, destrozando sus formas ideales. Si quieres puede ver su rostro hermoso y su charla gustar dulce y melíflua, al punto lo querrás tener contigo, en tu milicia señalarle puesto y en Palacio extasiarte contemplándolo. El Rey al escuchar tales razones mandó que le quitasen las cadenas, vestir su cuerpo con un rico traje, con púrpura sus partes delicadas, su cuello enriquecer con blancas perlas y llevarlo después así a Palacio. En medio de los siervos palatinos, su rostro era más bello que el de todos, que admiraban su gracia y donosura. El Rey suspenso se quedó a su vista y quiso ser amado de tal suerte, cual corresponde al rey de vasto imperio, que habían de compartir y unidos ambos con besos formarían un poema. Un soldado de Cristo estos amores del rey morisco rechazar debía

y a las frases del Rey cerró su oído.  
Separando su boca del ridículo  
habló el niño con rostro fulgurante:  
«No es propio del varón, ya bautizado,  
rendir a abrazos lúbricos su cuello,  
ni el que es adorador de Jesucristo  
y ungido con su crisma del demonio  
no el más leve contacto desearía.  
Quede el abrazo para gente necia,  
que aplaca con el césped falsos dioses  
y sean para tí dioses penates  
esos ídolos, falsos simulacros.  
El rey sin ira alguna, dulcemente  
acariciaba al joven y decía:  
¡Oh niño encantador! ¿porqué te jactas  
de olvidar la piedad que te tenemos  
y burlarte de todos nuestros dioses?  
¿No te mueve el mirar tu edad risueña  
y el dañar a tus padres angustiados?  
Al blasfemo castígalo la ley  
a morir en suplicio, si no quiere  
de la blasfemia impía retractarse.  
Con cariño de padre, yo te ruego  
que palabras blasfemas no repitas,  
y amor inmenso, como no has soñado,  
lo podrás encontrar en mi persona.  
Por tí mi corazón de prisa late  
esperando gozar con tus amores,  
pues quiero que en mi reino te veneren  
y a todos mis ministros sobresalgas.  
Dijo así y con la diestra tapó luego  
los labios de Pelagio y con la izquierda  
quiso abrazar su cuello, deseando  
el rozar con sus labios aquél rostro.  
Pero hábilmente confundióle el mártir  
que en la boca del rey dió con su puño,  
hirióle y con la sangre que manaba  
manchó la barba y empapó el vestido.

## CAPITULO 3.º

Martirio del Santo. Hallazgo de su cuerpo. Pruébese que es su cabeza en el milagro del fuego.

Abderramán dispuso que Pelagio  
fuese arrojado por los altos muros  
con máquinas de guerra que servían  
para arrojar al enemigo piedras.  
Su cuerpo, como mártir, el reposo  
hallaría en las ondas de ese río  
que las murallas de este pueblo lame.  
Destrozado Pelagio miembro a miembro  
había de perecer y preparaban  
tal cosa con jactancia los ministros.  
Apenas promulgada la sentencia  
arrojan con la máquina a Pelagio  
lejos de las murallas que circundan  
este pueblo famoso en nuestra historia.  
Y al caer sobre rocas escarpadas  
notaron con sorpresa estaba ileso.  
Llegó a oídos del Rey, no era posible  
en las peñas agudas estrellarle  
y entonces enfadado, por vencido,  
mandó que le cortasen la cabeza.  
Los lictores cumplieron su mandato  
usando de la espada y luego muerto  
en las linfas del río tuvo sepulcro.  
El soldado de Cristo victorioso  
hacia el espacio azul revolotea  
como águila caudal que tiende el vuelo  
a las amplias regiones del espacio.  
En el cielo en su honor entonan himnos,  
los que están colocados sobre estrellas  
y en su derecha recibió la palma  
alabando la causa del martirio.  
Pues Dios en sus juicios inefables  
nunca priva del premio que merecen  
los fieles cumplidores de su credo.  
El quedarse en rehenes por su tío,  
sufriendo por la paz de su terruño

y el conservarse virgen fué premiado  
con la aureola del celeste empero  
y la unión a los coros celestiales  
que entonan al Cordero himno perenne.  
Después que obedeciendo los lictores  
los restos en el río depositaron  
clavando algunos miembros en las peñas,  
Cristo, que no permite que a sus fieles,  
se les toque un cabello sin permiso,  
no dejó que estuviesen en el agua  
los miembros de Pelagio mucho tiempo,  
pues sepulcro más digno merecían.  
Con los remos cortaban la corriente  
algunos pescadores y flotando  
vieron un cuerpo junto a la ribera.  
De lejos le miraban agitarse,  
y allí se dirigieron con la barca.  
El cuerpo levantaron que no pudo  
conocerse por nadie, pues tenía  
del tronco separada la cabeza.  
Dedícanse a buscar con ahinco,  
sin temor a las leyes de los moros  
que pena capital preceptuaban  
contra aquél que el bautismo recibido  
honraba la memoria de sus mártires.  
Al hallar la cabeza la colocan  
encima de su cuello y conociendo  
el rostro rutilante de aquél joven  
prorrumpieron en voces y decían:  
Exánime aquí está nuestra esperanza  
sin algo que su nombre perpetúe,  
sin sepulcro decente, quien de gloria  
llenó al pueblo cristiano de Galicia.  
Acaso no sabemos que otras épocas  
se vendieron los cuerpos de los santos  
que la fe atestiguaron con su muerte?  
Y hay quien dude que el cuerpo fué del mártir  
cuyo tronco aquí yace sin cabeza?  
Así dijeron y en la nave pronto  
los tan preciosos miembros colocaron

y volviendo la proa con los remos  
y las velas pusieron en camino.  
Cuando a un punto llegaron, a escondidas,  
del mártir recogieron el cadáver,  
que a un cenobio llevóse ocultamente.

\*  
\* \*

Después de saltar en tierra  
marcharon al monasterio  
para llevarles del mártir  
aquel tan preciado cuerpo.  
Los pescadores cobraron  
por los restos buen dinero.  
El pueblo fiel cantó himnos  
y al cuerpo exequias le hicieron.  
Se buscó un lugar decente  
donde colocar sus miembros  
y con no pequeña pompa  
ocupó buen mausoleo.  
Después quien manda en la tierra  
y dirige el firmamento,  
hizo milagros no escasos  
para gloria de estos miembros.  
Quien tuvo alguna dolencia  
allí encontró su remedio;  
los enfermos desahuciados  
se salvaban y crecieron  
así las glorias del mártir  
hechos milagrosos viendo:  
El Rector de aquél cenobio  
donde guardaban sus restos  
quiso ver sin duda alguna  
si existía algún misterio  
y entonando dulces himnos  
en un tríduo le pidieron  
a Dios que les indicase  
si era un santo verdadero  
y para borrar las dudas  
en rojo al horno pusieron.  
Mientras tanto de Pelagio

la cabeza recogiendo  
entonaban una súplica  
que dijo así más o menos:  
«Oh Señor Omnipotente,  
Rey de la tierra y del cielo,  
justo en todos los juicios,  
indícanos por el fuego,  
si el cuerpo que veneramos  
es digno de tal respeto.  
Si es así haz que no toquen  
las llamas a sus cabellos  
y permanezca su piel  
intacta. Y si acaso menos  
honor tiene merecido  
obré como tal el fuego,  
marcando en la frágil carne  
cual corresponde su sello».

\*  
\* \*

Así diciendo la cabeza arrojan  
a las llamas inmensas de la hoguera,  
y en los saltos que dá no la despojan  
las llamas de su blonda cabellera.  
Una hora en el fuego permanece  
en tanto que los fieles himnos cantan  
y mucho más que el oro resplandece  
cuando del horno ardiente la levantan.  
La turba fiel con la mirada vuelta  
hacia los cielos elevó su canto  
y dándole a su pecho rienda suelta  
aclaman a Pelagio como santo.

#### POST SCRIPTUM

Siempre los cielos pródigo pagaron  
la honradez, que es aquí tan maltratada,  
la ventura que fué sacrificada  
y al humilde al morir lo sublimaron.  
Los que propias pasiones acallaron  
una dicha tuvieron no soñada  
y el placer que en la tierra es casi nada

sín hartura y por siempre la gozaron.  
 Dichoso quien así vivió en la tierra,  
 como el joven Pelagio que tenía  
 por lema *castidad* y valentía  
 para cumplir lo que su lema encierra.  
 Dichoso que al morir tendrá el consuelo  
 de elevarse a gozar de Dios al cielo.

\*  
 \* \*

Tal es esa vieja traducción que casi ad pedem litterae hice y que ahora me han invitado a que publique. No conocía versión alguna de este tema y al visitarnos la Semana Santa del 48 un competente amigo nos dijo que un sobrino de Pio Baroja le había querido leer una traducción inédita de Roswitha, que, según mi interlocutor, era del alemán.

No conocíamos esa versión, ni otra alguna del joven héroe, pero sí sabemos que Roswitha, entre otros trabajos, escribió desde 950 al 962 ocho leyendas, de las cuales la Pasión de San Pelagio era una de las mejores producciones, y esas leyendas eran todas en hexámetros latinos, no sabiendo que durante su estancia en el monasterio de Gandersheim escribiese sus trabajos en su lengua natal, sino que procuró hacerlo en el idioma de Terencio y de Virgilio, pero en el latín decadente de la época, salpicado con neologismos sajones.

Un error en los versos de Roswitha hay considerando a Pelagio, sobrino de un príncipe seglar en vez de un prelado, príncipe de la Iglesia, que en la traducción ha sido subsanado.

Un crítico cordobés de fines del pasado siglo, que seguramente no leyó a Roswitha, cree que ésta se inspiró en Raguel al que califica de ente de razón. Contra esta aserción baste citar a Ambrosio de Morales y Sandoval, en la «Antigüedad de la Iglesia de Tuy» que dan pruebas inequívocas de admiración y respeto a Roswitha, como cantora de un santo español, héroe de la castidad. Estos dos escritores eran de seis siglos posteriores y conocedores del latín, como no lo sabía aquél crítico cordobés. Además, Ambrosio de Morales escribió una biografía de San Pelagio, para lo cual se valió de un manuscrito, que en su búsqueda de documentos como, cronista general de España, encontró en el monasterio de San Pedro de Cardaña, cerca de Burgos. Sandoval, en la antigüedad de la iglesia de Tuy, tierra natal del Santo, tuvo que escribir de su tío, prelado de aquella iglesia. El ma-

nuscrito que sirvió a Morales se debió a un contemporáneo del santo, tal vez a Raguel.

Por lo tanto, Ambrosio de Morales y la monja Roswitha son los verdaderos biógrafos de San Pelagio. La monja supo los detalles e inspiró su crónica en lo que oyera en Gandersheim a uno de los embajadores de la corte de Abderramán a la de Otón, que permanecieron tres años en Alemania, donde falleció uno de los que de ella formaban parte. Estaba presidida por Recesmundo, obispo iliberitano.

La fuerte escena, que describe Roswitha, la narra la tradición y a ella se refiere la vestidura del Santo en la capilla del Seminario. Es el traje con que le llevaron ante Abderramán y del que se despoja al oír la nefanda proposición. Cuando se redactó el oficio divino de San Pelagio, el autor pensó en esta escena al escribir las lecciones del tercer nocturno, que hablan de la castidad.

Las del segundo nocturno son del presbítero Raguel y el final del tercero de autor contemporáneo.

Las notas que la Palestra Sagrada, el Año Cristiano de Croisset y el jesuita Agustín Lara han publicado de San Pelagio, no añaden ningún pormenor a lo escrito por Morales y Roswitha.

Esta monja, del mismo siglo que Pelagio, que dedicó su primer ensayo poético a la Virgen, que tomó su expresión del poeta cristiano y español Prudencio, que fué la primera dramática cristiana reformadora de Terencio, la undécima musa al lado de Safo y doctísima como Hipatia; es la autora del *Passio Pelagii*, según Fastenrath, o del *Pelagii captivitate et martyrio*, que en una edición de los Bolandos copié yo un día en el Palacio Episcopal, editada en Nurembergen el año 1601.

Aquí debía yo terminar de hablar de la poetisa, que tuvo como profesora en su monasterio a Gelberga, hermana del Duque de Sajonia, la que se llamó a sí misma *monialis fragilis*, la que amando la ciencia supo decir de ella *Deus scientiam dedit, nec scientia scibilis Deum offendit, sed injusticia scientis*, pero no quiero dejar de copiar unas palabras de ella insertas en el proemio de sus dramas: «Debía yo, para no tener que ruborizarme, renunciar a mi fin, que consistió en pregonar la gloria de la inocencia?» Y pudo escribir natural y adecuadamente, sin gazmoñería:

«*Corruptum vitiis cognosceban tsodomitis*»

y «*formosos facie juvenes ardentem amare*»,

que no se hubieran atrevido a escribir otras personas educadas en un monasterio.

Para cerrar este trabajo nada hay mejor que aquél párrafo con que el ilustre hispanófilo Fastenrath inicia el estudio que hace de Roswitha.

«Córdoba hermosa, de Occidente rica sultana, imperial señora del claro Betis, soberbia hermana de Sevilla, magnífico rubí de Andalucía, cuna de Séneca y de Lucano, patria del prudente Almanzor y de los grandes Abderramanes, madre de Juan de Mena, de Góngora, de Morales y de Céspedes; ciudad de la potente Aljama, que mil columnas sostienen, de la poética mansión de Medina Azzahra y de los deliciosos jardines de esmeraldas; ciudad de los arcos elevados, de las pintadas flores, de los perfumes deliciosos, de las fuentes de plata, de las grutas de azahares, de las palmeras gentiles, de las blancas rosas, de los naranjos, de los patios llenos de atractivos y de misterio; ciudad de las zambras y de los torneos, y de hijas de ojos brillantes; la que en todos tiempos fuiste madre fecunda de generosos ingenios y siempre eres el espejo de Dios sobre la tierra, deja a tus cantores loar a tus héroes cuando para celebrarlos arrancaba ya dulces melodías de su laud una monja alemana del siglo X, Roswitha insigne que sobrepujó en celebridad hasta a tu hija Wallada, la ilustre nieta de los Abderramanes, la poetisa más aventajada de su tiempo, la literata eminente el siglo VI, la que, como el lirio entre las espinas, floreció en la sociedad de la España árabe».

\*  
\*\*

En la sesión del 24 de Abril de 1948, en la que se leyó el anterior trabajo, estaba presente el académico D. Rafael Gálvez Villatoro, que antes fué secretario de estudios del Seminario Conciliar de San Pelagio y ha preferido en sus estudios la España mozárabe.

Trajo a la sesión unas fotografías del original del escrito de Roswitha, que fueron examinadas por todos los académicos. Allí se supo que el señor Gálvez, deseoso de conocer el original—ya había leído mi traducción anterior—encargó en la decena del 1920-30 a nuestro paisano y excelente amigo D. Antonio Bermúdez Cañete, redactor corresponsal del «Debate» en Alemania, que investigara donde estuvieran los escritos de la monja poetisa. El señor Bermúdez, con actividad y trabajo inteligente vió y copió del libro de Roswitha su interesante leyenda «Passio Pelagii», que antes de la guerra se conservaba en Munich.

Daniel Aguilera

